

NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA LITERARIA Y FILOSÓFICA

ENSAYO SOBRE LAS POESÍAS

DE MARÍA EUGENIA

VAZ - FERREIRA

« Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio transcurren en inquietud febril; para los espíritus fogados, ellas pasan brillantemente y á prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento. »

*Pensamiento inédito de M. E.
Vaz - Ferreira.*

« Toma la lira y el plectro,
Ven á cantar los melancólicos versos,
.....
Esos que llegan al alma,
Esos que cantan los tristes
Que tienen sólo esperanzas..... »

Á la señora C. Nín de Luesich. Testimonio de lo mucho que apreció su incomparable y maternal bondad, su elevada nobleza de sentimientos.

INTRODUCCIÓN

La poetisa uruguaya de que me voy á ocupar, tiene como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética se resume en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poetisa enérgica: he aquí las dos fases que estudiaré.

I

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones ó ideales de un alma poética, evoco, á pesar mío, á la autora en cuyos versos quisiera descifrar los *leit motiv* de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu: hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vaz-Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen á un espíritu modernista; semeja á esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica á lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbraba sus versos: es más bien la «casta y pálida Selene» que daba luz á las danzas de los gnomos y hadas entre las brumas tenues del otoño.

Su primera poesía, «Las Ondinas», asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, á los lagos germánicos, ha ido á buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen á reposar las ondinas ligeras, es de nuestro país: sugiere la Playa Ramírez. Á menudo está allí, en verano, la poetisa, cuando «el sol se oculta en lo infinito (1),» al bajar el heleno Apolo á su mansión de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro é insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello. Esto han dicho á María Eugenia Vaz-Ferreira:

« Junto á la costa
Donde la arena tibia y plateada
Bañan las ondas,

(1) Frase de un verso de Rafael Obligado.

Y los lucentes
 Rayos primeros de la alborada
 Brillan y mueren,
 De entre la espuma
 Surgen ligeras de las ondinas
 Las raudas curvas
 Y los informes
 Trajes etéreos de hadas marinas,
 Blancas visiones....»

Del mar abierto y el hondo cielo, grandes inspiradores, como escenario, pasamos con «Berceuse» á un salón que pertenece á casa donde se ama el divino arte de Beethoven. Para comprender este poemita tan original, debe saberse el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira para la música: es absolutamente dueña del piano y señora de una inspiración clásica. La he oído tocar sus propias composiciones, entre páginas de Chopin y Grieg, sintiendo hondo placer. Absorto, no dormido, como el héroe de «Berceuse», he quedado. En oyéndola, me ha parecido comprenderla más: el modo suave y sereno de golpear las notas manifiesta la incurable displicencia, nostalgia de una belleza entrevista. Se siente aquí que si en la vida social muestra indiferencia y una tendencia á considerar su espíritu cual una hoja al viento—*come le foglie*—conserva su energía para las obras de arte que afirman fuerza y vigor. ¡Qué armónicos, cuán fáciles se leen y se sienten estos versos!

«Era de noche; yo tocaba
 Una *berceuse* de Chopin,
 Y aun sin mirarlo bien sentía
 Fijos en mí los ojos de él.

¡Cuánto, Dios mío, nos amamos
 Cuando escuchábamos los dos
 Aquella rítmica armonía
 Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé por qué olvidada
 De su presencia aquella vez,

Todas las fuerzas de mi espíritu
En la *berceuse* concentré.

La repetí dos y tres veces;
Siempre *pianísimo* el compás,
Yo lo llevaba muy despacio,
Muy cadencioso, muy igual...

Cuando después que hube concluido
Volví los ojos hacia él,
Hallé los suyos ya cerrados;
Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento
Hizo á mis labios sonreír
Al verlo tan serenamente
Adormecido junto á mí...

¿Fue real su sueño? ¿fue un elogio?
Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
Que yo me dije sin despecho:
Fuí más artista que mujer.»

El poema siguiente, «Invernal», es admirable como naturalidad y fluidez:

«El viento hace crujir sobre la arena
Las hojas amarillas;
Sobre las ondas turbias del arroyo
Los sauces melancólicos se inclinan...»

Llegamos por fin á la poesía que me hizo considerar á María Eugenia Vaz-Ferreira como gran poetisa; después de leer: «yo quisiera saber lo que pasa en tu mente,» brotó la simpatía que consagra este estudio. Encuentro en esa poesía un estilo vigoroso, á que poco nos acostumbra nuestros poetas, una poderosa sugestión que la hace leer y releer. Me trae vagos recuerdos de las poetisas inglesas Elizabeth Barret Browning y Felicia Hemans, que tanto amo. La ruta trazada por esta poesía de forma invocativa y vibrante, en que palpita la vida de

las pasiones nobles, aconsejaría siguiéranla los jóvenes vates: sólo á la inspiración individualísima, á la manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Ésta y aquella poesía que comienza:

« Ven tú que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza, »

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología, creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente; ante él, que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente á una esfinge llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve, la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber dicta las intensas estrofas:

« Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
Cuando cruza el tropel de los raros hechizos,
El que agita y alumbra tu pálida frente
Coronada de negros é indómitos rizos ;

Cuando enciéndese y brota la chispa febea
Con que sella su imagen tu anhelo gigante ;
Cuando nace y profunda germina la idea,
La que vence y sacude tu sien palpitante ;

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime
Con sus ansias secretas un alma que piensa,
Y el aliento febril que en tus labios reprime
La palabra que muere en tu boca suspensa,

.....
.....

Yo quisiera mirar el destello radiante
De ese extraño fulgor que en tus ojos oscila,
É impregnarme de luz y vibrar un instante
En el brillo inmortal de tu negra pupila. »

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero. Léedla, lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mujer intelectual.

Ven tú, que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza...
Tú que marchas tan firme por la vida,
Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú, que puedes sentir las alegrías
Serenos, sin angustias; tú, que esperas
Que vuelva tras las sombras del invierno
El sol de las alegres primaveras...

Tú, que si me haces ver que no me amas,
La obcecada visión del bien perdido,
Me das de tu constancia la promesa
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si á pesar de la razón yo dudo
Y ves pasar angustias por mi frente,
Con amable y solícita ternura
Me vienes á pulsar, tranquilamente...

El reino de la super-mujer vendrá.

II

POESÍAS SOBRE LA NATURALEZA

Á la «virgen Primavera» (1) dirige este canto triunfal:

«Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños
.....
... Tú, que serenás las aguas claras como cristales...
.....

(1) Expresión de Pedro Naón, poeta argentino, autor de *Eglantinas*.

... Y desparramas el rubio trigo sobre el tejado
 Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
 Y se lo ofreces á las torcazas seco y dorado
 Para que tejan el dulce nido de sus amores....»

Y de esta suerte ascendente en bellezas y elogios, sigue invocando la estación de la esperanza, hasta compararla con la primavera de los amores. Obsérvese que toda esta pintura tan fiel de la primavera sirve para precisar por comparaciones la hermosura de un sentimiento. Este procedimiento poético lo emplea en muchas otras poesías á la Natura. En otra, pinta al crepúsculo, terminando con esta reflexión moral:

«Tras la distancia se ocultó la lumbre
 Que hizo brillar unas pupilas negras,
 Y una vida se apaga poco á poco,
 Marchita por las sombras y las penas.»

En el poemita XIV vuelve la poetisa á las «blancas visiones», á sus *ondinas* queridas que la llevan por el mar fascinador.

Un vivo sentimiento de la poesía natural sugiere «Las Selvas». La vida primitiva, nómade, fascina á nuestra autora; la selva con sus indescriptibles bellezas, sus pendientes onduladas, orladas de árboles gigantes, las vistas que se extienden al través del follaje entrelazado, la voz del infinito que entona ese verde de vida de los prados salvajes, la emoción que enciende el silencio augusto y vital de los grandes bosques,—todo ese sublime natural es más que el salón con su luz artificial, el ambiente que ama María Eugenia Vaz-Ferreira, y por ello lo canta tan sentidamente.

Escuchad estas estrofas, si no es cierto lo que digo:

«Me voy á las incógnitas praderas,
 Á las vegas desiertas y remotas
 Donde son las alegres primaveras

Un caos de relámpagos y notas.

... Donde retrata el sol sus iris vivos
 En las gotas que el céfiro destroca,
 Y en que moja la flor de los céfros
 La púrpura sedienta de su boca.

.....
 Donde pueda vagar eternamente
 Por las selvas incultas y olorosas,
 Con los rizos al aire y con la frente
 Coronada de pámpanos y rosas. »

Después de la selva, admira el jardín «pomposo de colores,» donde «pasa la tarde suavemente inmensa.» Allí «hay luz, hay cantos y una dulce visión de primavera.»

Luego compara al jardín, el alma abierta á las sensaciones.

En «Mis flores» pasa revista á su jardín para escoger sus favoritas:

«Mis flores son las que brotan de un hondo surco terroso
 Cuando las ojeras cava la fiebre fecunda y fuerte;
 Esas son las flores pardas de perfume acre y sabroso
 Que engendra el mal de la vida para ofrenda de la muerte.»

Hay algo de la excentricidad *baudeleriana* en esta estrofa fuerte; el sentimiento extraño que delata, ha hecho decir á la poetisa: «entre lo raro y lo bello, prefiero lo raro.» Este pensamiento es una de las avenidas que conducen á su espíritu nostálgico.

III

POESÍAS ERÓTICAS

«Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestra afección.»

EMERSON.

La música de Grieg, notablemente su «Poème Érotique», es la que mejor conviene asimilar á estas poesías de «un amor alemán que no han sentido los alemanes.» ¿Quién puede escapar á los *destumbramientos del amor*? Á todos roza el divino sentimiento y á todos deja como á la rubia Psiquis, abandonados y amargamente tristes.

Veamos lo que nos cuenta del país etéreo de Cupido nuestra poetisa, á la vez tan sensible y tan marmórea.

«Triunfal» é «Invicta» son las huellas sentimentales de escenas de la vida del corazón. En «Triunfal», Cupido, alegre y victorioso, parece desplegar, cual colibrí, sus alas encantadas, que, á poco, recostado grácilmente sobre el olímpico césped, le ha ceñido la divina Afrodita. Canta la poetisa:

«... Al bardo de rimas aurales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.»

En todas las estrofas imprime el amor su sello vigoroso y pasional, hasta esta invitación suprema:

«Vamos los dos á desatar el vuelo
De nuestras anchas y potentes alas
Hacia el confín donde despliegue el cielo
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte
 De los clarines en vibrante coro,
 Dando la diana del amor despierte
 Nuestros sueños de púrpura y de oro.

Yo haré latir tus fibras más sensibles
 Con mis hondas y ardientes fantasías,
 Y me darás en versos vigorosos
 De tu voz las soberbias melodías.

Y encendiendo los mustios arreboles
 Con nuestros rayos fuertes y fecundos,
 Viviremos los dos como dos soles
 Alumbrando las almas y los mundos.»

Este poema de amor elevado, trae al recuerdo el afecto de la sublime Hipatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría, Apolo el divino; es un amor casi místico concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas hecho mortal.

De «Invicta» los versos gallardos y fibrosos he leído y releído á menudo en voz alta. ¡Qué altivez displicente hay en la heroína; qué serenidad de las altas cumbres en sus ideas; qué helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oídla responder augusta, la frente alta, aunque transparente infinitos pesares, la actitud erguida de principesca bravura, á su solícito galán y señor por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

«Sé que eres fuerte, poderoso y bello
 Como un soberbio gladiador romano;
 Que de las glorias de inmortal destello
 El cetro empuña tu gallarda mano;

Sé que tienes de rey la invicta fibra,
 La voluntad espléndida y valiente;

Sé que el clarín que ante los héroes vibra,
Arrulla con sus cánticos tu frente ;

Sé que tus ojos, de hondo poderío,
Como el llameante abismo están abiertos....
Sé que eres grande, indómito y bravío
Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
Que en tu visión de vencedor me avistas
Á la lumbre del rayo que desata
La ruda tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía,
Ya me asestó sus flechas luminosas ;
Ya ornar quisiste mi Tebaida fría
Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente á su primer derrota ;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que abrasas,
Aparará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienas
Marque el vigor de tu viril arrojo,
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes hiques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje,
Suelta la garra en pos de tu quimera,

Como el león que acecha entre el bosque,
Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura,
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vuelos
De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas:
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas. »

¿Hase oído en el Parnaso uruguayo nota más vibrante,
canción más fluida y soberbiamente vigorosa y enérgica?
Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira á lo hondo de sí, á la suprema belleza de su inspiración. He ahí su real ruta al Ateneo, donde acaso, como Corina, será coronada un día.

De las otras poesías menores, éstos son los versos más hermosos:

« Perdida la esperanza (1),
El ensueño perdido,
Soportaba la angustia
De mi agudo martirio. »

« Ven y siéntate á mi lado (2),
Que un sueño triste he tenido;
Pon mis manos en las tuyas
Como siempre, y di, bien mío,
Alguna dulce palabra
Bien cerquita de mi oído. »

(1) Poesía núm. XIII.

(2) Poesía núm. XV.

Esto es hermoso, tiene del sentimiento acariciante que expresa, la suavidad, la ternura y la melancolía.

«Tú no sabes, tú no sabes (1)
Lo que yo llevo guardado...
Y ayer, por reverenciarme,
El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
Cuando junto á mí pasaras,
¡Ay! en lugar del sombrero,
El corazón te quitaras! »

¡Qué grito pasional encierran estas dos estrofas!
He aquí otra digna gemela de la anterior:

«En la desierta calle (2)
Toda blanca del sol de mediodía,
Súbitamente un órgano desata
La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza á mi cuerpo
En vueltas locas, á la par que rítmicas;
Una angustia me oprime, es un sollozo:
¿Quién podrá consolar esta alegría?»

Los dos poemitas que siguen, pintan las angustias de una alma de novia:

«Me engañan, me engañan (3);
Las avecitas de Enero
A golpear en mis cristales
Sus amorosos cantos vinieron.

Por favor, luz de mi vida,
No me dejes un momento,
Que sólo el bien de tus ojos
Contra mis angustias tengo... »

(1) Poesía núm. xx.

(2) Poesía núm. XXI.

(3) Poesía núm. XXII.

La poesía número XXIV encierra un pensamiento amable y luego una amargura terrible.

El número XXV, que pudiera bien llamarse: «Para siempre», posee de «Invicta» la fibra de energía invencible que en cosas del arte ostenta la poetisa:

«Aunque los agudos dardos
Me claves de tus desdenes,
De tu luz seré la sombra
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
Á cada paso que sigo,
Mi vida irá con la tuya
Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve no más como un fantasma
Tras el supremo deleite
Del amor y de la gloria,
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto,
Yo me volveré al olvido,
Y te guardarán mis brazos
Para siempre, para siempre, dueño mío.»

Esto es bellísimo, sentidísimo, para qué decirlo! Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo *eterno*. Ese «para siempre, para siempre, dueño mío,» suena como el compás de una «berceuse» infinita, eterna, que mientras exista la mujer repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía XXVIII es un canto flébil, en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos:

• Como chispas escapadas á algún astro
Que en la noche moribundas se perdieran,
De mi boca, sol de amores,

Encendido en tus pupilas cenicientas,
 Van los besos á morir de tus cabellos
 En la undosa noche negra.
 Mas tú sigues inconsciente como el pico de las rocas
 Que las aguas acarician con sus olas planíferas...
 Como el lago en que doblado
 Lloro un sauce sus cadencias...
 Como el ave fugitiva
 Por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas ;
 Mas tú sigues por la luz y por la sombra,
 Por el duelo y por el fausto de tu senda,
 Inconsciente de los lauros
 Ó el consuelo que te llevan
 Esos hijos infelices
 Engendrados en las horas de mis penas !

 Como chispas escapadas á algún astro
 Que en la vida moribundas se perdieran,
 De mi boca, sol de amores,
 Encendido en tus pupilas cenicientas,
 Van los besos á morir de tus cabellos
 En la vasta noche negra... »

La misma Eva, de quien adivinamos el gran pesar,
 pudo escribir estos versos de profundo espíritu lírico:

« Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
 Siento en el pobre corazón mío,
 Grande y obscuro como el invierno,
 Como el invierno triste y sombrío... »

Pesan las penas
 Sobre mi alma triste y doliente,
 Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas... (1) »

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado
 aparecen en los versos XIX y XXXI:

« Grises como las brumas del otoño
 Son los ojos que tiene el dueño mío ;

(1) Poesía número xxx.

Hay algo en ellos, algo
Melancólicamente sugestivo... »

El otro es fácil y fluido, ático en su sencillez y dulcemente hondo en la idea:

«Era su canto melodioso y lento,
Era lleno de luz su pensamiento,
Su faz de soñador extraña y bella,
Y admiré su primor con la tranquila
Beatitud de una lánguida pupila
Que ve pasar una lejana estrella.»

Diríase esta descripción en estilo noble y bello, el retrato de Marco Aurelio por Taine. ¡Qué divina visión de un amor intenso, poético é ideal proyectan estas estrofas! Cantan á ese bien amado ó amada con que todos soñamos mientras la sincera diosa Juventud besa nuestras frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en la selva encantada ese príncipe ó princesa:

«En el deslumbramiento de mi vida
Por largo tiempo quedaré vencida,
Contemplativa, silenciosa y quieta;
Mientras que el oro electo de mi alma
Irá á posarse á modo de una palma
En su lírica frente de poeta.»

Todo un drama del inquieto corazón representan estas líneas sinceras. Del fondo de un alma es este grito, por ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mostrar su amor y simpatía ciertas almas para quienes algo significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les asalta indecible amargura, y luego con la calma viene un recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento sutil y complejo existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores pasamos á la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

« ; Cómo baten, cómo baten sin cesar sus negras alas
 De tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,
 Mientras brillan encendidas sobre el jaspe de sus galas
 Tus nostalgias infinitas y tus ansias pesarosas!

Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera
 Para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos ;
 Bébeme gota por gota la esencia, y haz que me muera
 Bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos. »

Y con este verso cerramos la ventana por donde vi-
 mos el templo de amor que alzaba la poesía de María
 Eugenia Vaz-Ferreira. Él es de silentes proporciones y le
 alumbra en toda su faz un puro rayo del infinito.

IV

OTRAS POESÍAS

« Allá por el camino, triste y cansada,
 La viejecita viene con paso lento
 Cantando con voz queda como un lamento
 El antiguo estribillo de una balada.
 Aunque muere en sus labios ya la tonada,
 Aunque es como un suspiro débil su acento,
 Concentrando en la estrofa su pensamiento
 Ameniza lo rudo de la jornada.
 Mas de pronto se nubla su faz serena
 Y calla: ¿ qué recuerdo le causa pena ?
 Su semblante se enciende de honda tristeza
 Y un sollozo se escapa de su garganta,
 Que es la nota apagada con que ella empieza
 La balada más triste de las que canta. »

Este poemita de un ritmo casi musical, de un senti-
 miento tan tierno y hondo, tiene su historia, su antece-

dente, como todo lo humano. Niña aún, la poetisa pasaba con su madre por un bazar, y allí de una mirada divisó un cuadrito sugestivo; quiso comprarlo, pero por circunstancias ajenas no lo hizo suyo. Pero, para el poeta, poseer es cosa fácil: con su imaginación todo lo abarca y todo lo acaricia su musa amorosa. Cuando el cerebro tiene una idea, el alma tiene sus alas, dijo el divino Platón.

De esa poderosa sugestión nacieron esos versos.

«La burbuja
De Champaña
Que en tus labios se evapora,
La dorada
Crisantema que en el mármol
De tu mesa se refleja,
.....
Todas esas moribundas
Son mis pálidas hermanas ;
Todas esas que te dan su vida entera,
Todas esas que te dan toda su alma
Tiernamente, dulcemente, tristemente,
Sin que tenga su agonía ni siquiera la piedad de tu mirada.»

Éste es el canto último del libro manuscrito, y para mí simboliza la extraña tristeza, «la melancolía medio neurótica» que siempre acompaña á la musa de la poetisa.

En idioma de selecta riqueza de imágenes, que rivalizan en belleza, nombra á sus pálidas hermanas: las tristezas extrañas y sin fin, los amores que nacen bellos para concluir en pesares.

V

CONCLUSIONES.—EL MOTIVO DE ESTA POESÍA.—SU EXPRESIÓN.—SITIO OCUPADO POR MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA EN EL PARNASO URUGUAYO.—ALEGORÍA AL RESPECTO.

Lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas, constituye el gran inspirador de nuestra poetisa.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen á fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más ó menos pronunciado que llevan de la vida todos los poetas, María Eugenia Vaz-Ferreira acude en primer término á la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su poesía, y en segundo á la naturaleza, hermosa y eterna promesa de un más allá más justo para la poesía y para los poetas.

Creo que los numerosos ejemplos citados de esta poesía fuerte y honda justifican las premisas sentadas al principio de este ensayo.

Tres poetas, á mi modo de ver inductivo, en nuestro país, por la época en que andamos, llevan en su obra y en su vida la belleza de la originalidad y la marcada individualidad; ellos son: Zorrilla de San Martín, María E. Vaz-Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Para mí, cada uno de éstos es una personalidad y representa una influencia: Zorrilla, la tradición hispana y cristiana; María Eugenia Vaz-Ferreira, la tendencia nórdica de cantar la vida interior, «sus sueños y sus aspiraciones... su concepción tempestuosa ó luminosa de la belleza y de la

verdad... sus visiones (1); y Julio Herrera y Reissig el alma modernista de París.

Tres escuelas, dos príncipes y una princesa, á cuyas cortes respectivas vienen á ventilar sus ansias de lo bello y de lo extraño, sus gustos de aristócratas intelectuales, las pléyades juveniles y todos los demás poetas.

Para precisar bien estas ideas me voy á permitir traducirlas por una imagen ó una alegoría, figura favorita de las almas inquietas.

Supongamos una reunión de los poetas uruguayos como las que tenían lugar en la genial Atenas, alrededor de Platón, Sócrates ó Aspasia; en la edad media, en los castillos ancestrales, y hoy en los salones del estético París.

En el fondo del jardín de esta novel academia ática está Zorrilla de San Martín conversando con Magariños Cervantes y Figueroa, nobles *pioneers*, mientras cruzan por su imaginación y razón claras las sombras de Artigas y de Tabaré. Muy cerca de estos arcopagitas están las poetisas María H. Sabbia y Oribe y Ernestina Méndez Reissig, amistosamente entrelazadas como dos atenienses, sonrían al bardo cristiano y se cuentan sus vidas sencillas, pero bellas. Más allá, tendiendo su mano hacia un brazo de la lira zorrillana está Raúl Montero Bustamante, pensando en cantar á los héroes de la patria. A lo lejos se avista una cabalgata poética guiada por Roxlo, hecho una llama, tan intensa es su inspiración fogosa: canta con calor á la tierra en que nació y soñó. Lo acompañan Elías Regules, Antonio Lussich, De-María y otros bardos que adoran la vida del campo americano.

Cerca de éstos cabalgan también tres trovadores del gayo amor: Guzmán Papini y Zas, Emilio Frugoni y

(1) TAINÉ: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 362.

Ricardo Passano. El primero se inspira en la exuberante vida de Andalucía; el segundo busca en Italia la suavidad y melancolía de su musa; el tercero en el hogar, en los sentimientos nobles del corazón, escucha sus inspiraciones.

Se encaminan hacia los patriarcas de nuestra poesía y Zorrilla.

Hacia el medio del jardín, en un bosquete, José E. Rodó, como Diógenes, está solo buscando la forma ática y el aticismo en la vida; viste clámide valeriana. Sobre un césped suave, Daniel Martínez Vigil, maestro de retórica y poética, agitado por una idea de Guyau, invita á los jóvenes que abren sus almas al arte literario y dialéctico, á su tienda solitaria, para instruirlos.

Más allá, la gran poetisa del Uruguay y de América, como Penélope, teje la tela de la poesía de su vida, esperando á su soñado Ulises.

Acullá un grupo de soñadores melancólicos oye la altiva música de Stéphane Mallarmé y de Verlaine, mirando á veces las acuarelas de lánguidos y delicados colores que pinta en el flanco de su ánfora helena Albert Samain. Uno de ellos, envuelto en la clámide magistral, escucha sabiamente y luego canta extraña y hermosamente ante dos discípulos extasiados. Son ellos: Julio Herrera y Reissig, Julio Lerena Joanicó, y Juan José Illa Moreno. Lerena parece querer tender su vuelo al inmenso mar de lo azul, donde navegan en barcas de oro los genios de la Humanidad. Illa Moreno busca en la tristeza serena y perenne, y en el crepúsculo sugestivo de otoño, su inspiración adolescente. Ambos adoran al príncipe Julio y saludan en él á uno de los representantes americanos más acabados del modernismo poético.

Todos estos poetas y poetisas describen de su alma la belleza, de su corazón la pesarosa é incurable tristeza, su alegría ó su inquietud ante la vida, la muerte, el infinito

ó la eternidad. Á través de los diversos aspectos del arte se rinde culto á la belleza, que, como el Dios de todas las religiones, es uno, ideal y eterno.

VI

POR QUÉ NOS GUSTA LA POESÍA DE MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA. —SU ACERCAMIENTO Á NUESTRO IDEAL EN POESÍA. —LA LITERATURA INGLESA: SU POESÍA, LA MÁS GRANDE SEGÚN TAINÉ Y PAUL BOURGET. —LAS GRANDES POETISAS INGLESA: E. BARRET BROWNING Y FELICIA HEMANS. —NUESTRA PREFERENCIA POR LA POESÍA INGLESA Y ALEMANA. —LA BALADA, FORMA POÉTICA TAN BELLA, TIENE POCOS REPRESENTANTES EN NUESTRA LITERATURA Y EN LA ESPAÑOLA. —NECESIDAD DE POETAS BALADISTAS. —REFLEXIONES AL RESPECTO. —EL TALENTO É INSPIRACIÓN DE MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA SE INCLINAN Á ESA FORMA TAN GERMÁNICA DEL VERSO. —DEBIERA SEGUIR ESA PROPENSIÓN. —BALADAS DE WALTER SCOTT, GOETHE (FISCHER, ERLKÖNIG), SCHILLER, ETC. —CONCLUSIONES. —OBJETO DE LA POESÍA SEGÚN LOS CRÍTICOS MÁS MODERNOS: LEOPOLDO LUGONES, HENRI CHANTAVOINE Y OTROS.

La poesía de María Eugenia me gusta por acercarse á mi ideal de la poesía. La literatura poética inglesa me parece la primera del mundo. Esta opinión, que es casi más un sentimiento que una idea en mí, provendrá sin duda de la primera educación de la memoria, aprendiendo trozos de los divinos bardos ingleses, de haber sentido en toda su sublimidad la belleza poética en Shakespeare, Byron, Shelley, Hemans, Walter Scott, Coo-

per, Grey y Longfellow; de cualquier modo vuelvo á afirmar lo dicho. Después, lecturas prolongadas me han hecho observar que esta predilección no carecía de base profunda. Considero al ser espiritual el centro de toda poesía, y de ahí á amar sobre todo á aquellos poetas que cantan escenas de su vida interior no hay más que un paso. Al lado de esta poesía que va de alma á alma, también, me encanta aquella que describe un episodio histórico, una escena de la vida moral ó artística, que lleva en sí algo del elemento dramático; breve, *la balada*.

La literatura inglesa satisface magníficamente estos gustos.

Dice el divino Taine, que, cual Platón, merece ese calificativo:

«Cuanto son mediocres (los ingleses) en las demás artes, tanto más son grandes en éste (la poesía). Á mi modo de ver, ninguna vale la suya, ninguna habla tan fuerte y puramente al alma, ninguna la conmueve más íntimamente, ninguna traduce mejor los ímpetus del ser interior y cuya influencia é impresión sea tan eficaz y tan dolorosa, que toque en nosotros las cuerdas personales y profundas, para producir acordes tan magníficos y tan penetrantes (1).»

¡Cuánta razón tiene el maestro! En toda persona que conozca el inglés y á quien emocionen sus poetas, halla eco este juicio. ¡Con qué angustia y emoción se sigue á Shakespeare en «Hamlet» y «Romeo y Julieta»! ¡Con qué alegría estética y suprasensible en el «Sueño de una noche de verbena» y en «La Tempestad»! ¡Con qué placer inefable se lee al gran Byron, ora tan lleno de infinita ternura, ya henchido de negra amargura, ora elevándose á la más alta espiritualidad, ya embriagado por los sentidos!

(1) H. TAINÉ: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 361.

¿Y qué decir de Shelley, el ático amante de la natura y su euritmia? ¡Qué voz de ruiseñor la suya! ¡Qué ímpetu de águila tienen sus alas! ¡Que visión de cóndor! Escuchad la estrofa final de su himno á la alondra:

« Enséñame la mitad de la alegría
Que debe conocer tu cerebro,
Y entonces surgirá de mis labios
Tal locura armoniosa
Que entonces el mundo te escucharía como yo
Te estoy escuchando ahora. »

Y esta estancia de la canción á Apolo:

« Soy el ojo con que el universo
Se contempla y se reconoce como divino ;
Toda armonía de instrumento ó verso,
Toda profecía, toda medicina son mías,
Toda luz del Arte ó de la Natura ; — á mi canción
Pertenece de derecho la victoria y la alabanza. »

Podría continuar citando y citando estrofas á cual más bellas, aquellas que encendieron los iniciales fuegos de la imaginación juvenil; pero ¡cuánto de lo que admiramos se calla! En el santuario íntimo donde reposa el alma, ¡cuántas lámparas tiene alumbradas cada cual, de que nadie sabe la existencia! Así como el creyente sincero se retira á la soledad y al silencio para orar, hay que admirar en secreto.

Paul Bourget piensa como su maestro, y bajo la impresión de su idealismo intelectual declara á los poetas ingleses « divinos ».

De todas las poetisas inglesas, Isabel Barret Browning es la reina. Muy joven, una larga dolencia le permitió prepararse á la iniciación poética por mucha y variada lectura y amplia reflexión solitaria. De sus poemas, el más largo y célebre es « Aurora Leigh », de corte épico; describe la juventud de una poetisa, y en su propio decir

constituye «la autobiografía de un corazón y de una inteligencia.» «Esta obra extraña es una obra maestra...» es la confesión de un alma generosa, heroica, apasionada... cuya educación ha sido completa... que vive entre las ideas más elevadas y supera la elevación de sus ideas por la nobleza de su educación... «canto sublime de un gran corazón de joven y de artista (1).»

Así la juzga el maestro, y forzoso es aunar mi entusiasmo al suyo, encender con su chispa genial mi admiración.

La poetisa misma nos da la fórmula del fascinador magnetismo de sus versos, en su estilo.

Dice: «No pensar en la forma, fiarse del espíritu, abandonarse á él como lo hace la naturaleza soberana para crear la forma, una forma que no sea una cárcel sino un cuerpo: *siempre partir de lo interior para ir á lo exterior, en la vida y en el arte, que es también la vida.*»

¡Qué soberano bálsamo son estas palabras para quienes el estilo, la forma en que vierten sus conceptos no es un molde pulido y perfecto, sino la superficie que refleja su pensamiento!

Comenta así Taine el pensamiento de la poetisa:

La «poesía comprendida así, sólo tiene un personaje y un estilo: el grito del corazón triunfador ó sufriente (2).»

No hallo nada de más bello ni de más útil para que leyera nuestra poetisa, que esta poesía honda y simbólica. Hay en sus versos la rara energía en el decir, la audacia del pensamiento, la belleza en el fondo de que acusan todas las poesías de Isabel Barret Browning. Existe entre ambas poetisas un germen de «fraternización psíquica», que la lectura y el estudio meditativo podrían desarrollar superlativamente.

(1) TAINÉ: *Notes sur l'Angleterre*, página 351.

(2) Obra citada, página 363.

Felicia Hemans, cuyas baladas y poemas cortos están en todos los labios juveniles de Inglaterra, creció entre la pintoresca y hermosa naturaleza de Gales. Sus poesías abundan en ternura, elegancia, y en un vivo sentimiento de la belleza y del amor noble.

«Profesaba por el arte un amor profundo y sólo veía en la poesía un medio de elevar y de purificar el espíritu (1).»

Niño aún, aprendí sus poesías, y ni la juventud voluble, ni la virilidad que percibe otros horizontes, han disminuído el primer entusiasmo de lo bello que despertaron. «Casabianca», «La voz de la Primavera», «Los sepulcros de un hogar», «La hora de la muerte», y aquel que comienza: «¿Dónde se ha ido mi hermano?», son, entre otros, los que más me han impresionado. ¡Cuánto habrán ayudado estos versos, en las escuelas de la Gran Bretaña, á suavizar los malos impulsos, á despertar admiración por el heroísmo, á hacer ver en el hogar un mundo de poesías!

Nuestros niños necesitan aprender esa clase de versos, en vez de aquellos que sólo les hablan de la patria á una edad en que no pueden apreciarla. Del nacer á los doce años, aquí, como en todas partes, la patria es el hogar, y el país, la casa.

¿Por qué con su ternura por los corazones sencillos, «cuyo mérito inapreciable tienen la gracia de ignorar (2);» con su amor por la «bondad verdadera, espontánea, sencilla (3),» no ofrece á la niñez del Uruguay y de América un cancionero, una antología? ¡Qué campo para su ambición de verdadera artista! ¡Qué gloria para su poesía, el ser recitados por labios puros!

(1) *Dictionnaire des Ecrivains et des Littérateurs*, página 414.

(2) Pensamientos inéditos de la poetisa.

(3) Ídem, ídem, ídem.

No oculto mi marcada preferencia por las literaturas del norte: la inglesa y la alemana; está encarnada en Shakespeare, Bunyan, Byron, Shelley; aquélla en Goethe, Schiller y Sudermann. Por ende, de la expansiva y completa literatura de Francia, me entusiasman los escritores que escriben con alma, la vida espiritual y el vivir interior: Malebranche, Pascal, Bossuet, Fénelon, Xavier De Maistre, Renan, Guyau, Amiel y Taine.

En estas literaturas la poesía tiene una forma simpática, interesante y dramática: la balada muy aclimatada en Escocia y la clásica alemana de la época goethiana.

«Narración ingenua de un acontecimiento fantástico ó legendario,» según un retórico moderno, la balada es una forma poética de extraordinaria belleza. Ha tenido pocos cultores en España y en América. Nuestra literatura ha menester grandemente de poetas baladistas para rejuvenecer y enriquecer la musa. La historia pre-europea del continente americano brinda episodios, leyendas y fábulas hermosísimas para ser tratados en esa forma. Las leyendas guaraníes aun esperan á su Burns y Walter Scott.

No menos rica en acontecimientos dignos de la poesía, es la época heroica de la Independencia. El Tabaré y las poesías menores de Zorrilla de San Martín son una luminosa ruta abierta en este sentido.

El talento y la inspiración de nuestra poetisa se inclinan á la balada germana. «La viejecita» é «Invicta» son ensayos bellísimos de baladas. Si acaso siguiera esa propensión de su temperamento, hallaría un campo ilimitado de inspiración gloriosa.

Y aquí recuerdo con placer intenso las baladas que aprendí en Inglaterra y en la Suiza alemana: «El bardo», «El joven Lochinvar» de Scott, «El pescador», «El cantor», «El rey de los Alisos» y el «Rey de Thulé» de Goethe. «La canción», «La novia de Corinto», «El anillo de Po-

lycrates» y otras del noble Schiller; sobre todo «El rey de los Alisos» y «El pescador» son de un simbolismo profundo. El alma universal de Goethe ha querido significar en esas dos baladas la fascinación que la naturaleza ejerce sobre el hombre. Un adolescente pescador, sentado al borde de una laguna solitaria y tranquila, ve reflejar sus facciones en el espejo de las aguas fatales, se ensimisma y luego se confunde con la madre natura, cree oír su voz melodiosa, la fascinación aumenta y la Eterna viste el cuerpo de una hermosa mujer; ésta le llama á su fresca mansión submarina, el agua ondula y el joven se precipita: el encanto ha obrado, muere ahogado. He ahí el argumento de la sublime balada.

Me queda, pues, para rematar estas reflexiones sobre la simpatía que merece la poesía del norte, sintetizar el objetivo de la más completa de las bellas artes. En resumen, la poesía tiende á hacer sentir la belleza. Analizando este pensamiento llegaremos al fin propuesto.

«Sentir la belleza es percibir la unidad del Universo en la armonía de las cosas:» así define Leopoldo Lugones, — uno de los espíritus más sabios y sutiles de América, — la emoción de belleza. Las ideas estéticas que se deducen armoniosamente de esta preciosa definición — que es á la par una verdad que á fuerza de ser tan deslumbrante poco se comprende — hacen de la poesía un arte magistral, filosófico y moral. Por eso, repito, tanto amo á Shelley y á los bardos hermanos suyos.

«El más noble objeto del arte es el hombre;» pero algo falta á esta idea sublime: «El hombre como entidad espiritual.» El gran poeta americano coincide con el concepto poético de Taine, idea cuya novedad resulta de la ceguera idealista de que es presa el hombre moderno. La alta espiritualidad, la más acabada idealidad preside la inspiración de Homero, del Ramayana y Mahabarata y otros poemas que se ajustan á la verdadera fórmula

del gran arte, material por la forma, espiritual en su fin y esencia. Por ello también el sitio que ocupaba el poeta en las sociedades antiguas era tan eminente. El poeta ha caído de su pedestal por ignorar toda la trascendencia de su arte divino. El poeta antiguo era el inspirado, el maestro de la armonía de las cosas, el maestro de los hombres en lo bello y en lo filosófico como Orfeo y David, el filósofo y el historiador como Homero, y el metafísico sutil como los hindús, á quien se debe el Mahabarata, ó, remontándose aún más, el alma del Universo que hablaba por su intermedio. Mas la distancia que nos separa de esa edad de oro de la poesía y de los poetas es casi insalvable. La poesía ha de volver á ser lo que fué, por dos razones profundas: primera, la ciencia encierra arte y poesía; segunda, la vida de Goethe prueba que la ciencia y la poesía pueden coexistir en un hombre (1). La humanidad, más de acuerdo con su íntima naturaleza, será entonces más feliz. La sabiduría de la época llamada docta por los clásicos volverá á florecer, y la poesía vuelta á enaltecer por su carácter sagrado, místico y social, brillará como una de las formas de la alta cultura. Los versos de Guyau no serán los últimos de un filósofo:

« Vivre c'est avancer... »

La pensée est en nous large comme l'amour,

Désire en autrui se verser sans relâche;

Ainsi que la vertu, l'art se sent généreux.

.....

Les hauts plaisirs sont ceux qui font pleurer (2). »

(1) Estrofa del poema « Le mal du poète ».

(2) Véase HERBERT SPENCER: *La Educación*; páginas, 63, 64, 65, 67, 72, 73 y 89.

Lo dicho respecto de Goethe es aplicable á Guyau, Taine y otros hombres de ciencia contemporáneos. El sociólogo italiano Guillermo Ferrero se ha revelado un gran poeta social últimamente.

Y así como en último análisis la religión es una preocupación sobre el origen y fin de la vida, el arte es la preocupación de la belleza y la plena emoción de un más allá más completo que la vida actual.

Para hacernos vibrar con el todo bello que constituye el Universo luminoso, dispone el arte de colores, líneas, sonidos, y, ante todo, de la palabra, instrumento de la poesía.

Para acabar de convencerme de que este concepto sublime de la poesía no es fruto del entusiasmo ni del ensueño, he buscado la respuesta de los artistas, y ya sean ellos positivistas, teósofos, idealistas ó naturalistas, todos evidencian la misma verdad, vestida de túnica distinta:

«Conducir á la humanidad á una noción de más en más clara y segura de ella misma; explicarle, en tanto que le sea posible, el misterio del mundo, y en todo caso darle ante ese misterio la noble inquietud de los pensadores; juntar con sus cuadros eternos, los aspectos modernos de la Natura, y con su fondo permanente la faz moderna y variable de la vida, tal es, según mi opinión, el dominio y el deber del poeta (1).» Un crítico nada sospechoso, de ideas religiosas, inclinado al positivismo, es quien habla el divino lenguaje que acabamos de oír.

Excelsior con el ideal, en el arte, como en la vida, es el mejor medio de cumplir con la verdad.

No pensemos, como el sublime Leconte de Lisle, que ha callado *el himno melodioso de la santa belleza* (2), y que hayamos perdido para siempre en la edad negra el camino feliz de Paros.

Con Shelley, espíritu hermano de Leconte, digamos á todo poeta, sabio y amante de su arte:

1) PETIT DE JULLEVILLE: *Histoire de la langue et la littérature française. Les poètes*, página 80, par HENRI CHANTAVOINE.

2) Estrofa de *Hypatia*, de Leconte de Lisle.

« Vestido de deslumbrante inmortalidad,
 has llegado á ser uno de nosotros, « le dicen ; »
 para tí es para quien aquella esfera lejana sin rey, á lo largo
 oscila ciegamente; en insuperable majestad
 silenciosa, solitaria, en un cielo de sueño
 ocupa tu alado trono, oh estrella de nuestra multitud. »

Grande es la gloria del poeta y corta su ventura; pocos de ellos ríen, muchos lloran el bien perdido de la ideal belleza, y la poetisa, como Leconte, exclama, olvidando quizá la triunfal llamada del príncipe de los elegíacos :

« El ferrocarril que aplasta el corazón de las selvas; el faro que agujerea la roca donde usaba sonar la voz de las sirenas; el cristal milagroso, descubridor de las manchas que empañan la faz de la bella viajera nocturna, todo eso me hace exclamar con la simpática Melusina daudetiana: « Oh tantas civilizaciones, ¿qué habéis hecho de tantas poesías? »

Esperanza, no desesperación desea la sociedad del porvenir en la poesía y en la literatura, y aquí vuelve el armonioso Shelley, que en Adonais reveló poéticamente la religión de la verdad, á dejar sentir su canto sublime é inspirado:

« Como un poeta oculto
 En la luz del pensamiento
 Cantando himnos espontáneos,
 Hasta que el mundo es forjado
 En armonía con esperanzas y temores de lo que antes no se cuidaba. »

Y leyendo este verso profundo dejo á la más ilustre poetisa de América. Sus versos me han proporcionado quizá los más elevados placeres mentales: la reflexión ó meditación, y la admiración.

